

ULTRAS. CULTURAS DEL FÚTBOL

Teresa Adán
Universidad de Salamanca

Este trabajo orienta la interpretación del nacimiento y evolución de los ultras en España, participantes de la cultura del hincha. Desde 1982, momento que marca el nacimiento de esta cultura en España coincidiendo con la celebración en nuestro país del Mundial de Fútbol, los grupos ultras han pasado por diversas fases y generaciones, estando condicionados estos cambios acaecidos en los fondos de los estadios debidos a las transformaciones que se producían en el seno de la sociedad y el mundo del fútbol, así como por el tratamiento que el fenómeno ultra sufría por parte de las autoridades y los medios de comunicación. A lo largo de estas páginas, se analizan comportamientos, actitudes, conductas y lenguaje de los ultras como constitutivos de una (sub)cultura, y cómo la estructura social y los procesos de grupo han ido evolucionando a través del tiempo hasta llegar al momento actual, caracterizado por un giro ideológico fuertemente polarizado y extremista que pone en peligro la continuidad del movimiento ultra.

Palabras clave: Subculturas juveniles. Ultras. Skinheads. Fútbol. Violencia.

INTRODUCCIÓN

El término “ultras” define a los aficionados radicales que, al modo italiano, son «lo “máximo”, lo “extremo” [...] somos lo máximo en la animación». (*Hinchas y Supporters*, 5, 1996:3). Desde principios de los años Ochenta, en los fondos de los estadios españoles se reproduce miméticamente el modo de ser y hacer de los “ultra” italianos, que se caracterizan por producir en los fondos concordancia de medios múltiples (canciones, coreografías o “tifo”, movimientos de masa, etc.), es decir, rituales que incluyen también rituales violentos. De hecho, la predisposición a la violencia es uno de los referentes de los grupos ultras. La violencia ultra adopta, casi siempre, una forma simbólica (por ejemplo, un gesto ofensivo, un coro injurioso), pero también una forma real, que no descarta el uso de armas. ¿Contra quién se dirige esta violencia? El “enemigo” está representado por el “eterno rival”, las nuevas hostilidades fruto de los enfrentamientos y la “ley del beduino”, y ciertos agentes externos (fundamentalmente, Policía, y, en menor medida, la Prensa). Sin embargo, desde hace unos pocos años, el enemigo puede ser también el vecino de grada, el seguidor del propio equipo, el ultra del mismo grupo,

enemistad derivada de una irreconciliable diferencia política. Los ultras resumen esta situación con la expresión “política en los grupos”, que no se refiere a la consciente militancia en algún partido o una toma de conciencia ideológica ante determinadas cuestiones, pues consiste en sostener dos posiciones políticas extremas y mutuamente excluyentes: no es la simple diferencia entre extrema izquierda y extrema derecha, “rojos” o “fachas” (también presente en los grupos italianos), sino la diferencia entre separatismo o nacionalismo (o, por emplear términos *emic*, “separatas”, “antifas”) y su contrario, algo indefinible que puede resumirse bajo la voz “españolismo” (“nazis”, “fascistas”). El signo visible de esta hostilidad es la exhibición de banderas, pancartas y otro material simbólico en los fondos, batalla metafórica que, en ocasiones, se ha complementado con episodios de violencia más grave. La “política” así entendida fractura internamente a los grupos, divide hinchadas y genera nuevas enemistades entre los que defienden unos mismos colores pero desde posiciones ideológicamente opuestas, con una particularidad: el que antes era amigo y hoy es enemigo, es doblemente enemigo.

Orígenes de la subcultura

Podemos considerar la subcultura ultra como una subcultura juvenil netamente europea de amplio espectro que, frente a otras subculturas limitadas a un ámbito geográfico (fundamentalmente, Gran Bretaña), es exportada (y adaptada) a otros países y contextos culturales desde hace más de treinta años. Los grupos ultras o de *hooligans* constituyen un movimiento subcultural que se estructura en torno a los mismos factores que el resto de subculturas juveniles (generación, género, territorio, estilo, ...), y que participa también de distintos elementos de la "cultura del hincha". El fútbol entró en crisis en los años Cincuenta, debido a la creciente internacionalización, que suprimió los partidos entre comunidades vecinas, lo que dio lugar a una fractura entre el mundo del fútbol y los hinchas; y a la conversión de los clubes en sociedades anónimas y la profesionalización de sus jugadores, que comportaba criterios empresariales y la necesidad de mayores ingresos, lo que se tradujo en la modificación de la estructura física y social del estadio (Taylor, 1971). A la fracción más pobre (y joven) de la clase obrera le fueron reservados los fondos ("ends"), gradas populares en las que hicieron su aparición las primeras formas de afición extrema en los años Sesenta, expresión del intento de los más jóvenes de conservar la cultura tradicional, de renovar antiguas solidaridades y de reafirmar una identidad de clase. Desde su nacimiento, los grupos de *hooligans* estuvieron ligados a otros estilos subculturales (por ejemplo, a la presentación en sociedad de los *skinheads*, en 1969). Este modelo de afición se difundió, por vía imitativa, a otros países europeos. Italia fue el primero en recoger el testigo, creando, a su vez, escuela¹. La subcultura ultra se desarrolla en Italia tras la efervescencia de los acontecimientos de 1968, e inspirándose en las prácticas de las formaciones políticas extremistas.

A partir de los años Setenta, se asiste a un proceso de juvenilización del público en los estadios de Europa. Muchos de estos jóvenes ven

¹ En 1965, el Inter acudió a Liverpool para disputar un partido de Copa de Europa; en el partido de vuelta, los seguidores italianos intentaron imitar el colorido de la afición de los "reds".

los partidos de fútbol desde los fondos de los estadios, reconociéndose en dos modelos de afición juvenil: el modelo *hooligan* inglés (Alemania, Bélgica, Grecia, la Europa del este,...), y el modelo *ultrà* italiano (España, Francia, Portugal, ...). Ambos modelos difieren en el aspecto organizativo y espectacular, pero coinciden en ser agentes de socialización para una buena parte de la juventud europea. El modelo inglés se manifiesta como una especie de prolongación del tradicional esquema de comportamiento *rough working class*: el grupo *hooligan* se basa en un grupo de varones coetáneos unidos por una común procedencia territorial, que tiende a agregarse, sobre todo, en torno al enfrentamiento físico y a las muestras de apoyo al equipo durante el partido. La violencia es el principal instrumento de agregación y comunión, es el símbolo patente de la propia condición subalterna, a la que se responde con una actitud de rebeldía violenta y apolítica. El grupo *hooligan* manifiesta su naturaleza típicamente subcultural en la ausencia de formas evolucionadas de coordinación, de organización y de promoción de las actividades del grupo. En las gradas, el modelo inglés se caracteriza por una serie de actividades que exaltan el sentimiento grupal (coros, bufandeos, etc.) pero que no implican un especial compromiso más allá del partido. Por el contrario, el grupo ultra italiano es históricamente interclasista, y encuentra su nexo de unión en un común acercamiento cultural de tipo "militante", mediado tanto por el *stile maschile* que impregna el mundo del fútbol, como por el conflicto político que marca su nacimiento y que se transforma a menudo en una fuerte propensión al enfrentamiento callejero. Deudor de la esfera política, el grupo ultra utiliza el acto agresivo como una de las opciones de grupo (según la visión política de la "violencia como instrumento") y tiende a dotarse de estructuras organizativas que se refieren tanto a las actividades internas (preparación de coreografías, pancartas, banderas, etc.) como a las externas (inscripción de los socios, producción y venta de material, edición del *fanzine*, relaciones con el club y las autoridades), actividades que implican económica y laboralmente a sus miembros. En el modelo italiano, la presencia de actividades logísticas determina una mayor presencia femenina que en el

modelo inglés (en el que las mujeres son prácticamente inexistentes), aunque siempre desempeñando papeles secundarios respecto a sus compañeros varones (venta de material, colecta de dinero, etc.).

La subcultura ultra nace y se desarrolla en el resto de Europa a lo largo de los años Ochenta, aprovechando la doble influencia de los modelos *hooligan* y *ultrà*. Pero más allá de las diferencias que encontramos entre los modelos inglés e italiano de afición al fútbol, podemos citar una serie de puntos comunes que convierten al mundo ultra en una auténtica subcultura juvenil. Aunque no se puede hablar, a nivel europeo, de una única y específica subcultura ultra, existen, sin embargo, una serie de cánones comunes a todos los ultras del continente. A su vez, estos cánones remiten a una más generalizada “cultura del hincha”, cuyas peculiaridades encontramos, transformadas y amplificadas, en el movimiento ultra. (1) La adhesión al modelo “amigo-enemigo”, inducida por la esencia misma del juego (Dal Lago, 1990; Bromberger, 1995), según el cual la masa de aficionados se transforma en una “comunidad” fundada en un sentimiento de fraternidad. (2) El sentido agresivo y exasperado del territorio, que el ultra amplía más allá de la grada y del estadio, a los medios de transporte utilizados para llegar hasta él, a sus alrededores e, incluso, a la ciudad entera (Roversi, 1992). (3) La búsqueda de estatus y de “visibilidad social”, aunque la imagen que finalmente ofrezca sea negativa (Adán, 1992). (4) La técnica del “bricolaje” o “cultura acumulativa”, que tiende a ensamblar elementos diversos procedentes de las subculturas juveniles (de ahí la presencia de estilos espectaculares en las gradas: *mod*, *skinhead*, etc.), de la política, etc. (5) La adopción de los valores “viriles” del arquetipo guerrero, del “estilo masculino violento” (Marchi, 1994): agresividad, exaltación del valor físico y de la fuerza, sexismo, fuerte sentido de grupo. (6) El rechazo de cualquier forma de control por parte de los “otros”, desde los clubes de fútbol a las fuerzas policiales.

Historia de la subcultura en España

Analizando los datos de la Prensa deportiva en España durante el periodo transcurrido entre 1975

y 1985 (Castro Moral, 1986), se aprecia en España un aumento, cuantitativamente limitado pero significativo, de manifestaciones violentas más o menos multitudinarias que tienen lugar tanto dentro como fuera de los campos de fútbol. Se hace constar un incremento en el número de conflictos violentos producidos entre los espectadores, así como las agresiones contra vehículos que transportan a deportistas y aficionados. Este incremento coincide con la aparición de los grupos ultras a principios de los Ochenta, pero cuya gestación comienza unos años antes.

Desde 1975 y hasta finales de la década de los Setenta, no existían en el fútbol español grupos de jóvenes fanáticos (como en Italia o Gran Bretaña), pero sí animosas peñas de aficionados que habían nacido de una campaña llevada a cabo por los clubes en plena crisis de público en los estadios. La base del movimiento ultra son estas bulliciosas peñas de aficionados², cuyos jóvenes integrantes tienen constancia de que un movimiento colorista tiene lugar en Italia desde hace varios años. Algunos de estos hinchas están en contacto con los ultras italianos de modo directo (a través del intercambio de correspondencia o los viajes a Italia), mientras que otros son testigos de sus acciones a través de la televisión. En 1982, el Mundial hispano acerca más la realidad ultra a nuestros estadios: Italia gana el Campeonato y su fútbol se pone de moda. En sus inicios, por tanto, es un movimiento espontáneo, que no recibe influencia de las hinchadas inglesa e italiana. El resultado de esta campaña de renovación de la envejecida afición, son unas agrupaciones compuestas mayoritariamente por jóvenes, pero dirigidas por adultos, que contaban con el decidido apoyo de sus respectivos clubes. Como el resto de grupos de afición organizada, reciben el nombre de “peñas”, pero se distinguen de las tradicionales agrupaciones por su composición, su diferente ubicación en el estadio (los fondos) y el modo intenso, colorista y peculiar de animar a su equipo. La transformación de la hinchada no fue

² Las Banderas es el origen de Ultras Sur (Real Madrid), Fondo Sur la del Frente Atlético (Atlético de Madrid), Los Morenos la de Boixos Nois (Barcelona), Biri-Biri la de Biris Norte (Sevilla), etc.

fácil: el nuevo estilo de afición suponía otorgar a las coreografías, los cánticos y el desplazamiento a otros campos un importante papel en la actividad del grupo. Los grupos ultras nacen con ideas, pero sin socios. Una de las primeras tareas de los ultras españoles es captar aficionados que se identifiquen con los objetivos del grupo; así, el Frente Atlético del Atlético de Madrid distribuye unos panfletos con el slogan de: “¿Te gustaría vivir el colorido de San Siro y el griterío de Anfield Road?”. En una primera toma de contacto, los promotores del grupo explican a los nuevos socios las necesidades y los objetivos del mismo. Más tarde, se hacen los primeros carnets, se pagan las primeras cuotas, se estrenan banderas, se colocan pancartas y se pone a la venta el primer material.

Es lógico que los grupos estén inicialmente constituidos por aficionados muy jóvenes, escasamente endoculturados en el fútbol patrio, y, por tanto, abiertos a nuevas ideas. En los primeros años Ochenta, en los fondos de los estadios se reunían grupos de apenas cien jóvenes, con una media de edad de 16 años, y amantes del “barullo”, término con el que los primeros ultras designan el comportamiento “desviado” en el estadio (intercambio de insultos, robo de bufandas, peleas, etc.). La presencia policial es escasa, y la Prensa no recoge sus acciones, pues sólo se fijará en estos grupos a raíz de la tragedia de Heysel, en 1985. Aunque los primeros estudios cualitativos datan de 1989 (Acosta y Rodríguez), sabemos que los primeros ultras eran de procedencia variada: en los grupos cohabitaban distintos estilos subculturales (*rockers* y *mods*, *punks* y *heavys*, etc.; y los *skinheads* todavía no habían hecho su aparición), ideologías dispares, y jóvenes de diferente extracción social y ocupación (niños pijos y chicos de barrio, estudiantes, trabajadores y parados, etc.). Pese a todo, la convivencia era uno de los rasgos característicos de los grupos, y reinaba el compañerismo y la camaradería entre todos. El único vínculo interno era el equipo. La organización de los primeros ultras era precaria. Internamente, un líder o “capo” (a veces, un “tutor” de más edad) coordinaba al grupo. Los ultras carecían de medios económicos, y para su subsistencia se veían obligados a solicitar dinero al club o a algún jugador. Dada su falta de experiencia en cuestiones organizativas,

apenas si existía material, no sabían dónde encargar bufandas, los viajes eran escasos, las pancartas rudimentarias y los “tifos” primarios. Era un movimiento espontáneo, que tenía un poco de orden.

Hacia mediados de los Ochenta, el número de grupos se multiplica: casi todos los equipos de las principales categorías son animados por uno o varios grupos desde las gradas, y el número de ultras, tanto en casa como en los desplazamientos, aumenta considerablemente. Durante ese periodo, los grupos crecen favorecidos por sendos fenómenos de mimetismo y retroalimentación. Por un lado, los grupos ultras se multiplican a imitación de los pioneros. En 1985 nace en Barcelona la revista “Ultras”, fotocopiada y distribuida por correo, que sirvió para difundir el movimiento por toda España, facilitando el contacto entre los ultras españoles, además de dar noticias sobre lo que sucedía en el extranjero. Esta revista se proclama portavoz del “tifo” organizado al modo italiano. Siguiendo estas directrices, los grupos se burocratizan internamente, y la anarquía da paso a un orden. Por otro lado, a raíz de los acontecimientos de Heysel, la Prensa se hace eco histórico de las acciones protagonizadas por los *hooligans*. En los días inmediatos a la tragedia de Bruselas, se suceden las noticias sobre los ultras españoles, cuya existencia había pasado inadvertida hasta entonces. Desde 1985, las acciones violentas protagonizadas por los grupos ultras pasaron de ser un aspecto tangencial al deporte y de estar incluidas dentro de las crónicas de los partidos a convertirse en noticia por sí mismas, a disponer de una personalidad definida en estos medios (Durán González, 1996). En ocasiones, la competencia entre medios de comunicación ha hecho que se utilizaran estos sucesos violentos relacionados con el deporte como reclamo informativo. Según un *fanzine* de la época, «la Prensa comenzó a cebarse contra todo aquel que ocupaba en el fútbol la grada de Fondo, sin hacer distinciones, de modo que intoxicó el ambiente y convirtió la diversión del español tras la comida dominguera en la guerra de Vietnam» (*Ultras*, 13, 1988:4).

En 1988, el Senado, alarmado ante este aparente (por mediático) aumento de la violencia, nombró

una Comisión que estudiara las raíces de la violencia en los acontecimientos deportivos. Con anterioridad, existía una incipiente jurisprudencia, y hacía tiempo que se habían intensificado las medidas policiales en los estadios. En ese periodo, se estigmatizaron algunos comportamientos habituales de los grupos; por ejemplo, se prohibió el uso de la pirotecnia y la introducción de banderas en los estadios. Algunos clubes rompieron toda relación con los ultras, mientras que otros forzaron a sus grupos de animación a cambiar de ubicación. Los ultras tomaron conciencia de que era necesaria su renovación si querían sobrevivir a esta ola de prohibicionismo y “pánico moral” que invadía el fútbol español. Como consecuencia del Informe presentado por la Comisión senatorial en 1990, se han promulgado disposiciones legislativas y ha dado inicio la actividad de la Comisión Antiviolenca³. Este despliegue jurídico-policial obligó a los grupos a transformarse (y legalizarse) o desaparecer. Veamos cómo se sufrió esta evolución por parte de los grupos ultras españoles atendiendo a un caso, los ultras del Atlético de Madrid.

Estudio de un caso: los ultras del Atlético de Madrid

¿Quiénes son los ultras? En el curso de una investigación sobre el terreno conducida en 1997 entre los miembros del Frente Atlético, que incluía una encuesta realizada a 246 seguidores atléticos (Adán, 1998), previa a la creación en el Fondo Sur del estadio Vicente Calderón de una Grada Joven que el Frente Atlético comenzaría a gestionar a partir de la temporada siguiente, el 80% de los espectadores que acuden a esta zona del estadio son hombres, frente a un 20% de mujeres. Es significativo el aumento de la presencia femenina en este fondo en los últimos años: en 1991, las mujeres no alcanzaban el 2% (Adán, 1992). El grupo está compuesto por ultras de distinta extracción social y ocupación. Casi la mitad de los ultras del Frente Atlético son estudiantes, un 24%

³ Órgano de coordinación entre las instituciones deportivas y los Ministerios de Educación y del Interior, que desde la temporada 1992-93 vela por el cumplimiento de la Ley del Deporte (Ley 10/1990, 15 de octubre), disposición ampliada por el Reglamento para la prevención de la violencia en los espectáculos deportivos (R.D. 769/1993, 21 de mayo).

de los cuales cursa niveles universitarios. Sólo el 9% de los encuestados está en paro. La mayoría de los que hoy se ubican en el Fondo Sur del estadio Calderón, acudieron por primera vez al campo acompañados de un adulto (88%) a otra zona del estadio, trasladándose después al Fondo ocupado por los ultras. Sin embargo, la mayor parte de los que acudieron solos por primera vez, lo hicieron al Fondo Sur (70%), en la creencia de que en el Frente Atlético “hay más animación”, “es un ambiente juvenil” y “los precios son más baratos”. Se puede decir que, en general, los aficionados llegan al grupo amparados en el aspecto bullicioso que éste desde el resto del estadio, de forma que muchos socios jóvenes cambian sus abonos a la zona del Fondo para estar junto a los ultras. Una vez en el Fondo, estos recién llegados observan la conducta de los miembros aceptados y tratan de imitarles, siendo ésta una de las principales formas de incorporación al grupo.

«Aquí se idealiza mucho el tema de los más veteranos. Cuando llevas un cierto tiempo, al que entra nuevo, al novato, se le ve que es un pardillo, por la inseguridad que tiene, porque es el que siempre hace todas las gracias, ... Pero, bueno, se trata de irse adaptando a las normas que hay, que no están escritas en ningún sitio, sino que están ahí» (Frente Atlético, 24 años).

La media de edad de la nueva generación ultra es de 22 años, pero la edad es un factor determinante de la veteranía o su falta en la cultura ultra. En el Fondo Sur conviven chicos de la misma edad con una experiencia de más de seis años en el fondo, junto con ultras de nuevo ingreso (40%) atraídos por los éxitos deportivos de la temporada anterior (en la que el Atlético de Madrid se proclamó campeón de Liga y Copa), y la presencia tranquilizadora de la Policía⁴. Por lo

⁴ La mayor presencia policial en los campos a partir de 1990 hace menos arriesgada la pertenencia a un grupo, de modo que el número de ultras no ha cesado de aumentar en los últimos años. Un análisis comparativo de los datos recogidos en los informes de la Comisión Antiviolenca desde 1993, revela que se ha doblado la presencia de aficionados organizados locales en Primera y Segunda División, y ha crecido el número de hinchas desplazados (una media del 17%).

tanto, y pese a tener la misma edad, los ultras tienen una percepción diferente de lo que es un grupo ultra y cuál es la relación de éste con el equipo, especialmente por lo que se refiere al pasado: es difícil pedirle a uno de estos nuevos ultras que se comporte como uno de los veteranos, y que convida con ellos valores como la amistad, la camaradería, etc., tan preciados para los “viejos” ultras (o, por emplear un término *emic*, ultras “de concepto”).

El grupo. El grupo ultra ofrece a sus miembros la posibilidad de acceder a un rol, el de ultras. El joven ultra encuentra en el grupo una identidad ya predisuelta con un conjunto de normas, valores, sensaciones, creencias, razones y modelos de acción. A través de un proceso de “culturalización” y asimilación del rol ultra, el integrante de un grupo ultra hace suyas las imágenes y reglas de conducta a través de las cuales puede ser confirmado por los otros y aprobado por el grupo entero. La entrada al grupo se regula por medio de un carnet (del que dispone un 65%), al que se acompaña el pago de una cuota anual. Pero el derecho a estar en el grupo y gozar de todos los reconocimientos (mostrar señales de deferencia, ocupar un lugar social, etc.), es decir, a “ser uno del Frente”, no depende de este documento. Las modalidades de acceso “real” al grupo son otras: es el grupo, y no los aspirantes a ultras, el que decide quién debe entrar en el grupo. Según un ultra entrevistado, el carnet «al final, es una bobada [...]. Todos sabemos quién es del Frente y quién no. En el Frente, por mucho que digan, [entre los seis mil con carnet] sólo hay cien ultras. El resto está aquí por moda» (Frente Atlético, 23 años). Pero, desde el punto de vista estético, la posesión del carnet y demás material en venta (bufandas, fotos, parches, etc.) convierte a cualquiera en ultra y, además, ayuda a sostener económicamente al grupo.

El Frente Atlético cuenta con más de cinco mil miembros, y su éxito y continuidad exige fórmulas de organización. A principios de los Noventa, una nueva generación de ultras toma el mando de los grupos en España: los nuevos “capos” deciden dar una vuelta de timón al movimiento y transforman los grupos ultras en grupos de animación, peñas legalizadas e inscritas en el

Gobierno Civil. Desde el punto de vista interno, se abandona la espontaneidad inicial y surge el “tifo” organizado al modo italiano: los grupos de los Noventa están fuertemente jerarquizados e internamente muy burocratizados, con un líder o directiva al frente de los grupos, un reparto interno de funciones, y una articulación interna en secciones. La directiva está compuesta por aquellos miembros del grupo responsables del material, el *fanzine*, los “tifos”, los cánticos, etc. El líder surge, por regla general, de un subgrupo denominado “vieja guardia”, y debe estar dotado de “carisma”, y serle reconocidos caracteres como el compromiso, la fidelidad y la veteranía. Es cierto que no es un esquema rígido, pero los ultras parecen saber en todo momento cuál es su papel, y se observa escrupulosamente el respeto a las posiciones y la jerarquía.

La cultura del Fondo Sur. La estructura y las actividades de un grupo ultra tienen una única finalidad: los rituales del estadio o “tifo”. Todo trabajo organizativo que el líder y los ultras con responsabilidades han llevado a cabo durante la semana, desemboca en el espectáculo autónomo al partido que los ultras hacen ver en el fondo. Puede parecer una manifestación espontánea de exaltación de los colores del equipo, pero es, en realidad, el fruto de una meticulosa organización y de muchas horas de trabajo. La afición así entendida aparece como una experiencia compensadora, como una ruptura de la monotonía cotidiana. La compensación se produce a través de lo emocionante que puede llegar a ser una tarde dominical, frente a la rutina del resto de la semana. Los rituales del estadio o “tifo”, los desplazamientos, y otras actividades del grupo sirven para afirmar el prestigio del propio grupo ante sí mismo y ante los demás. Los ultras entrevistados destacan como elementos característicos del Fondo Sur las pancartas, las avalanchas, y el “tifo” vocal que se acompaña de tambores y megáfonos. Para los integrantes de un grupo ultra, «*la pancarta del grupo es lo más sagrado, hay que defenderla como sea*» (Frente Atlético, 24 años). Por su parte, las avalanchas, que comenzaron en España precisamente en el Fondo Sur del estadio Calderón, siendo luego copiadas por otros grupos, son raramente practicadas desde la temporada 1997-98, cuando

el estadio remodeló su arquitectura instalando asientos también en las gradas de fondo, en cumplimiento de la normativa europea. Pese a todo, es un sentimiento generalizado el hecho de que «*en el fondo tiene que haber marcha. Y para eso no tienes que estar así [quieto]: tiene que haber empujones, avalancha...*» (Frente Atlético, 26 años).

El aspecto coreográfico menos valorado por los ultras es la pirotecnia (botes de humo, bengalas, etc.), contra el que se comenzó una campaña mediática y policial en 1992 a raíz de la muerte de un niño en el estadio de Sarriá por el lanzamiento de una bengala marítima. Los grupos sufrieron entonces las medidas que se adoptaron (sobre todo, de tipo policial), prohibiendo bengalas, petardos, etc., e imponiendo multas a quienes los portaban. Al principio, la medida hizo decaer el “tifo” en los estadios, pero los ultras fueron buscando nuevas coreografías, con el empleo, sobre todo, de papel, plástico y tela, componiendo mosaicos o provocando el efecto de una lluvia de papel, coreografías para las que se requiere un mayor aporte económico y colaboración por parte del resto del estadio.

El Frente Atlético reparte su *fanzine* en el Fondo Sur de manera gratuita los días de partido. Hoy el *fanzine* sirve para mantener en contacto a los ultras, informar de las actividades del grupo, etc. Hace años, sin embargo, cuando el número de ultras en la grada era escaso, las noticias circulaban “boca a boca”, y se transmitían en la “bodega”, punto tradicional de encuentro de los ultras los días de partido y durante la semana. Este local, normalmente un bar cercano al estadio adoptado por el grupo ultra, era entendido por éste como una prolongación del fondo en el que se organizaba distintas actividades básicas para el grupo (reuniones, reparto de entradas, viajes, etc.), y, por lo tanto, podía resultar también objeto de invasión (tanto física como por medio de pintadas en sus paredes) por parte de un grupo rival. Además de un local externo al estadio, la mayoría de los grupos ultras españoles dispone de permiso para instalar una pequeña mesa dentro del estadio o en sus inmediaciones (“el puesto”), que se dedica a la venta de material del grupo, y que sirve como punto de reunión de los ultras que allí

acuden antes del encuentro, aunque no compren nada. El material en venta (bufandas, fotos, etc.), que, junto con el carnet y el *fanzine*, constituye la más importante fuente de ingresos de los grupos, tiene para sus integrantes una importancia relativa. De hecho, algunos ultras abominan de este material que sirve, desde el punto de vista estético, para convertir a cualquiera que pueble la grada de Fondo en ultra. Son los ultras “de bomber y parche”.

«Hay mucha gente en todas las ciudades, no solamente aquí en Madrid, que va por presumir ante los amigos. Eso pasa en Sevilla, pasa en Barcelona, pasa en Asturias ... Son los típicos ultra domingueros. Están allí nada más que el domingo, y no se preocupan por el club, no se preocupan por el grupo, no apoyan en nada, no hacen nada, no contribuyen a nada, no apoyan al grupo, no compran material, solamente van a presumir de que son ultras y a vacilar a sus amigos» (Frente Atlético, 30 años).

El ritual del estadio refleja los valores de la cultura ultra. En primer lugar, la “fe” en los propios colores, de la que los ultras se sienten su profeta, la vanguardia moral. Un segundo valor decisivo es el reconocimiento de sí mismo, el mantenimiento de una imagen colectiva, a través del reconocimiento conquistado en los rituales del estadio. El reconocimiento de esta identidad emerge, en particular, en el hecho de estar siempre presente en los partidos que juega el equipo, incluso fuera de casa. De la veintena de partidos que el Atlético de Madrid disputa por temporada, el 93% de los ultras atléticos acude a más de quince, quizá porque el Fondo Sur ofrece a quien allí se ubica “algo más” que un partido de fútbol: proporciona emoción, color, intensidad, y permite la participación coral en el evento deportivo. En el Fondo Sur, el partido comienza antes y termina más tarde. Parte de la actividad del grupo se desarrolla lejos de su estadio, porque es práctica común a los grupos ultras el desplazamiento a otros campos. Un 62% de los ultras rojiblancos sigue a su equipo al menos en dos partidos fuera de casa cada temporada. Según los ultras más veteranos, el desplazamiento

es una ocasión para reforzar la cohesión y solidaridad grupal, sobre todo cuando se afronta el partido en una ciudad enemiga. La presencia policial parece jugar un decisivo papel. En la actualidad, la Policía viaja con los ultras visitantes, por lo que los desplazamientos han perdido una gran parte del componente de riesgo que tenían en el pasado. Ahora, prácticamente todos los ultras, incluso los recién llegados, pueden participar en un desplazamiento conscientes de que la posibilidad de que se produzcan incidentes se ha reducido en gran medida. Según un ultra, «yo creo que, de los grupos que hay en España, el Frente Atlético es el que más viaja. Viaja a todas partes, menos a Bilbao, ¿no?. Ahí tampoco van los Ultras Sur. Y quizá tampoco a Anoeta. Y a Pamplona, cuando se iba a Pamplona, también debía estar chungo. Claro que ahora hay escolta, porque antes ir al Bernabéu con el Frente cuando no había cortejo policial ... era mucha movida. Ahora se ha tranquilizado mucho el fútbol, pero hace cinco o seis años, o siete años, cuando yo empecé a venir, era jugártela» (Frente Atlético, 24 años).

El equipo español que más antipatía despierta en el Fondo Sur es el Real Madrid para un 85% de los encuestados, repartiéndose el porcentaje restante entre Barcelona y Español (los ultras de este último están hermanados con los madridistas). En los años Ochenta se había tejido una red de amistades y enemistades entre grupos ultras españoles basándose en viejas rivalidades, heredadas de la cultura futbolística nacional, y en la “ley del beduino” (Harrison, 1974). Por ejemplo, y tras algunas reticencias, los ultras del Atlético de Madrid y del Barcelona se hermanan por mor de un enemigo común (Real Madrid). A partir de 1990, esta red se redefine continuamente, porque las relaciones intergrupales no son eternas. La violación de alguna de las “reglas del desorden” nunca formalizadas (robo de una pancarta, “invasión” del propio fondo, giro ideológico, etc.), puede decidir el nacimiento de una nueva enemistad entre grupos ultras. A mediados de los años Noventa se rompen oficialmente las relaciones de amistad entre Frente Atlético y Boixos Nois. Estos últimos la refrendan en un referéndum, en el que más del 90% de los boixos encuestados afirma querer romper su relación de

amistad con el Frente Atlético «por ser este un grupo fascista-anticatalanista» (*Hinchas y Supporters*, 1, 1995).

Desde la conversión de los clubes en S.A.D. y la aplicación de criterios empresariales al fútbol, se intentó buscar nuevos aficionados al fútbol a través de una grandiosa operación mediática y de *marketing* conocida como “futbolmanía”, que logró, entre otras cosas, un notable incremento (superior al 20%) en el número de espectadoras en los campos de fútbol respecto a temporadas anteriores. Pese a todo, el fútbol sigue siendo en España una reserva patriarcal, “cosa de hombres”. También la cultura ultra se puede definir como “machista”, característica que los ultras comparten con amplias franjas de la cultura juvenil. Una expresión evidente de ello es el típico exhibicionismo de los ultras, su propensión (verbal y física) al enfrentamiento violento y al carácter sexual de los insultos más comunes (“marica”, “nena”, etc.). El grupo ultra ofrece a sus miembros una oportunidad única de identificación con roles y comportamientos masculinos. La presencia femenina en los fondos de los estadios se ha incrementado notablemente en los últimos años, pese a lo cual las mujeres siguen desempeñando en los grupos un papel secundario respecto a sus compañeros varones⁵. Los varones encuestados reconocen que el ambiente en el Fondo Sur destila cierta violencia, y es normal que se vivan algunos momentos de tensión, como las avalanchas que siguen a la consecución de un gol. Algunos desean incluso que esta situación se acreciente: así, algunos chicos apuntan que en el Frente Atlético incluirían “más contundencia”, “más ultras” (19%), mientras que las chicas excluirían los actos violentos (50%). Estas respuestas nos ofrecen la impresión que los ultras tienen sobre sus actividades: algunas son peligrosas, entrañan riesgos, no son aptas para mujeres.

Los enfrentamientos. Los rituales del estadio o “tifo”, los desplazamientos, y otras actividades del grupo, conducen también a la conquista del

⁵ El machismo está latente en otras respuestas dadas por los ultras. Casi el 30% de los varones encuestados realizan algún comentario despectivo, y sugieren que las mujeres no acuden al Fondo Sur “porque son tontas”, “porque son vikingas (madridistas)”, o “sí que vienen, y sobran todas, porque son las novias de los ultras”.

crédito masculino, la aprobación de los compañeros y la afirmación del prestigio del propio grupo. En este cuadro encuentra un significado y un lugar la práctica de la violencia, tanto en su forma simbólica como en su forma real. La historia del movimiento ultra en España registra pocos incidentes con víctimas, si lo comparamos con lo acaecido en otros países de nuestro entorno, fundamentalmente en Inglaterra e Italia. A lo largo de la década de los Noventa, pese al aumento del número de ultras, los incidentes relativos alteración del orden público, las agresiones entre aficionados, y la incautación de armas y otros objetos contundentes descienden cuantitativamente. Sin embargo, se nota un significativo aumento de las agresiones, amenazas e insultos a la Policía y, en menor medida, del lanzamiento de objetos y la incitación a la violencia por medio de pancartas y otros símbolos.

El 58% de los ultras atléticos encuestados manifiesta haber participado alguna vez en incidentes, aunque la mayoría sólo lo ha hecho en alguna ocasión (38%). Un porcentaje no despreciable (33%) nunca se ha visto envuelto en incidentes. Pero, ¿qué se entiende por incidente?. Es un término muy vago que comprende desde un simple intercambio de insultos acompañados de gestos provocativos o canciones de menosprecio, hasta actos de violencia gratuita en los que el rival no está presente, pasando por episodios de microdelincuencia. Los incidentes en los que los ultras se ven implicados adoptan, en ocasiones, una forma “afectiva”: es una violencia que se toma como un “fin en sí misma”, emocionalmente satisfactoria y agradable. Otras veces, se trata de una violencia “racional”, es decir, racionalmente preferida como medio para asegurar el logro de un fin determinado (Dunning, 1992), como mostrar la superioridad sobre el grupo rival, arrebatarle distintos “trofeos de guerra” (pancartas, bufandas), y demostrar a la Policía y a los adversarios “quién manda” en su propio estadio. Es un tipo de violencia “legítima”, es decir, un tipo de violencia que concuerda con las “reglas del desorden” (Marsh et al., 1978). En este particular código normativo, las fuerzas del orden y (salvo relaciones de amistad) el ultra rival representan el enemigo. Pero en los derbys o los enfrentamientos de

“campanile”, cualquier seguidor contrario también puede ser atacado; en estos casos, no existe provocación, porque basta el hecho de que haya intentado invadir territorio enemigo para que se cometa una agresión.

Últimamente, además, las discrepancias, además, pueden surgir en el propio estadio, motivadas por la conducta del resto de la hinchada local (los “viejos” o “tribuneros”), las diferencias políticas, o los problemas internos del grupo (por ejemplo, la lucha por el liderazgo), entre otras razones. Por lo tanto, esté o no presente el grupo rival, en el fondo siempre es posible terminar implicado en algún incidente. En la evolución histórica del movimiento ultra, los enfrentamientos entre grupos ultras son una constante. Los miembros del Frente Atlético más activos en la participación “alguna vez” en actos violentos, son los más veteranos (27-30 años), debido a la diferente concepción que se tenía en los fondos de la violencia con anterioridad a 1990. Ultras veteranos recuerdan la violencia en el fútbol antes y ahora:

«Ahora se ha tranquilizado mucho el fútbol, pero hace cinco o seis años, o siete años, cuando yo empecé a venir, era jugártela. Yo recuerdo un partido Madrid-Valencia, no sé que temporada era, que se corrió la voz que los Ultras Sur no habían ido al partido ese año y que estaban en [...] una boca de Metro cercana, esperando a la gente que saliera del Atleti para currarles y robarles la bufanda. Se montó una subida por la calle paralela [...] se hizo un rodeo, se les pilló [...], y los tíos no serían más de 30 ó 40 de ellos, y nosotros seríamos 300 ó 400, y allí hubo verdaderas palizas. Bueno, es que hace años era una cosa ...»
(Frente Atlético, 26 años).

No menos importancia tienen los incidentes que enfrentan a los ultras con ciertos agentes

⁶ En un estudio piloto realizado entre los directivos y colaboradores del grupo, ninguno de los encuestados se decantó por dejar la seguridad de la Grada Joven en manos de miembros del Frente Atlético, y cerca del 80% consideró que lo más acertado era contar con la Policía para esta misión. Esta aparente paradoja tiene fácil explicación: los directivos y colaboradores del grupo son capaces de prever qué tipo de desórdenes pueden surgir en el Fondo, y conocen su incapacidad para controlar algunos de ellos con medios propios.

externos, por ejemplo, con la Policía. Para los ultras, la Policía es violenta, represora y poco profesional, pero necesaria⁶. La Policía es la encargada de velar por el cumplimiento en los estadios (y también en los desplazamientos, “cortejos”, etc.) de las medidas de control adoptadas por la Administración, así como la responsable de hacer acatar la Ley del Deporte, cuya aplicación despierta las críticas de los ultras. Esta censura a su actuación ha hecho aumentar en los últimos años en un 70% el número de incidentes en los que ultras y Policía se ven envueltos. Paradójicamente la Policía ha jugado un papel fundamental en la difusión del movimiento ultra en España. La efectividad de los controles y escoltas policiales tanto en el estadio como en los desplazamientos, y la consiguiente disminución de la violencia real, ha llevado más ultras a los estadios, esa clase de ultras que, si no hubiera Policía, no estarían. Entre estas nuevas incorporaciones se encuentran las mujeres, escasamente representadas en el pasado. Los nuevos ultras que hoy llenan los fondos han aportado una especie de autocontrol sobre las acciones violentas de los grupos, y esto ha permitido un descenso en los episodios de violencia real. Según un ultra, «la gente joven que ha entrado últimamente es mucho más pacífica. Les va más la fiesta que la movida. El ambiente está menos crispado» (Frente Atlético, 24 años). A su vez, este descenso ha consentido una mejor relación con los clubes, lo que ha redundado en beneficios económicos y organizativos para los grupos ultras. Después de años de condena moral de sus actividades, comienzan, incluso, a oírse las primeras alabanzas por parte de la Prensa hacia algunos grupos, a propósito de los “tifos” o los cánticos.

Ayer y hoy. Lo que caracteriza al movimiento ultra a finales de los Noventa y principios del siglo XIX es (1) la irrupción de la pseudopolítica en la vida de los grupos, provocando la pérdida de cordialidad y solidaridad internas; y, como consecuencia (2) la transformación de los grupos en entes homogéneos en lo estético y lo ideológico, frente a la heterogeneidad que caracterizaba a los grupos ultras en los años Ochenta. Una de las notas características de los inicios del movimiento ultra en España es su

relación directa con determinados movimientos políticos. Es el caso del grupo Frente Atlético, que nace a finales de la temporada 1982-83 con el objetivo de crear un fondo “a la europea”, diferente de las tradicionales peñas, que toma la inspiración de su nombre en el de la organización falangista Frente de Juventudes, en la que habían militado los miembros más significativos del grupo. En los primeros años Ochenta, los grupos ultras se inclinan a ambos lados del espectro político, adoptando imágenes emblemáticas, evocando ciertas consignas, y exhibiendo lemas y símbolos en pancartas, banderas y otro material. Cruces célticas y gamadas, por un lado, y banderas cubanas y el rostro del Che Guevara, por otro, han formado parte del patrimonio simbólico del movimiento ultra desde sus inicios. El uso de este imaginario ha sido siempre de tipo instrumental, es decir, los ultras utilizan este material para provocar el rechazo de los demás, incidir en las diferencias con el resto de la afición y la sociedad en general, y mostrar su repulsa por el “sistema”, por lo establecido.

Sin embargo, en la actualidad, la “política en los grupos” consiste, básicamente, en la exhibición de símbolos que se refieren a organizaciones de signo extremista. Estrellas rojas, banderas autonómicas (*ikurriña*, *senyera*, etc.) e independentistas se mezclan en las gradas dando lugar a una particular simbología. Como contrapartida, banderas españolas, célticas y esvásticas son mostradas por grupos de signo diferente. Las banderas que ondean en los fondos quieren ser la expresión por parte de algunos grupos de un sentir ideológico que entronca con la reivindicación nacionalista de algunas regiones españolas. Este alegato independentista, simplificado en los estadios a una “guerra de banderas”, genera simpatías u hostilidades en el resto de grupos. Las banderas ondeadas por un grupo pueden encarnar simbólicamente un sentimiento de independencia política, una reivindicación del derecho a la autodeterminación. Los contrarios, a su vez, haciendo uso en este caso de la bandera española, pueden responder a las anteriores manifestaciones utilizando el mismo lenguaje. Por lo tanto, el discurso “político”, reducido a la reivindicación nacionalista y su oposición anti-separatista, se simplifica en los

estadios. El empeño de los grupos ultras de final de siglo en esta “guerra de las banderas”, ha derivado en una serie de incidentes no sólo metafóricos, sino reales, que los grupos se ven incapaces de controlar, pese a haber reconocido el problema que les enfrenta a otros grupos e, incluso, a hinchas de su mismo equipo. Según un ultra, «la política siempre estará presente en los grupos y la violencia casi siempre viene derivada por esta razón» (*Super Hincha*, 29, 1996: 33). La rivalidad entre grupos ha excedido los cauces históricos. Hoy se asiste a encuentros y rupturas inexplicables de viejas enemistades y amistades⁷. Pero, lo que es más grave, el movimiento ultra se enfrenta también a la fractura interna de los grupos en dos o más corrientes políticas, por lo general encontradas, e incluso a la desaparición de algunos grupos. En el Frente Atlético, los encuestados consideran preferible desterrar la “política” del grupo antes que los actos violentos.

La ostentación de símbolos políticos genera más problemas en el grupo que la adhesión a una opción política, porque ésta, en última instancia, puede “ocultarse” si las circunstancias no son propicias, mientras que la simbología está siempre presente. En los fondos, la “política en los grupos” no se troca en interés “real” por la política. Casi la mitad de los miembros del Frente Atlético muestran su interés por la política. Las simpatías políticas del Fondo Sur abarcan todo el espectro político, con predominio de la extrema derecha (19%) y la derecha (15%). Un 2% se declara de extrema izquierda. Estos últimos son «los de la Vieja Guardia. Son todos mayores, los de izquierdas. [Ahora, en el Frente Atlético] la gente es más de derechas que de izquierdas. [Pero] hay mucha gente que va camuflada y son de izquierdas» (Frente Atlético, 23 años). Los ultras adoptan entonces tesis políticas más por ósmosis

⁷ Las viejas rivalidades de antaño, se tornan amistades. Así, surgen iniciativas como “Euskal Hintxak” en el País Vasco y “Siareiros Galegos” en Galicia, que persiguen la unión de los seguidores de ambas Comunidades en pos de un interés común: la Selección vasca y gallega, respectivamente. Con este fin, miembros del grupo Celtarras acuden a Riazor para tratar este tema con sus otrora enemigos los Riazor Blues, visita que es correspondida poco más tarde. Apenas cinco años atrás, unos y otros preparaban cuidadosamente el derby que les enfrentaba, y planificaban estrategias de ataque. Y en Coruña se gritaba “Vigo no”, grito que hoy se torna “Vigo sí, porque es Galicia”.

que por formación ideológica, asunción de ideales políticos que está ligada a tradiciones políticas locales. Pero, además, la aparición del estilo *skinhead* en las gradas a finales de la década de los Ochenta, contribuye a dotar al movimiento ultra de un tinte caótico, al mezclarse la militancia “ideológica” con la deportiva. Los *skinheads* comparten con los grupos ultras la mayor parte de sus valores y actitudes: compañerismo, radicalidad, orgullo por formar parte del grupo, etc. El estilo *skinhead* aporta al movimiento ultra una “militarización” en el vestuario y una forma de actuar ya predispuesta en la que se considera normal el enfrentamiento y la agresión hacia el grupo rival, y cuya causa casi siempre reside en la supuesta filiación ideológica. El panorama en los grupos se enrarece, y algunos ultras muestran su rechazo hacia los *skinhead*. Un miembro del Frente Atlético, en carta abierta a un grupo de *skinheads* que, meses atrás, estuvieron a punto de provocar la disolución del grupo, solicita «a toda esa gentuza que va al Fondo Sur a incordiar, a esclarecer sus tontas ideas políticas, a protestar [...] que no se confundan: al auténtico ultra le gusta el fútbol y su equipo, ir al estadio, poner pancartas, gritar, saltar, beber unas copas con sus colegas, y no le agradan esas tediosas ideas que unos pocos intentan meter en la cabeza del verdadero y auténtico ultra [...]. Toda esa basura hay que mandarla lejos del Calderón» (*Super Hincha*, 41, 1997: 11).

El movimiento ultra español a caballo entre dos siglos se caracteriza por la homogeneidad “ideológica”, y la pérdida del espíritu que animó a los primeros ultras. Entonces, el equipo vinculaba a los miembros del grupo, que respondía solidariamente a las agresiones que provenían del exterior. En la entrevista a un ultra rojiblanco, a propósito de los desplazamientos, se afirma que «antes viajaba más gente y nos conocíamos todos, y si alguien venía a por mi sabía que los demás iban a dar la cara por mi. Pero ahora va mucha gente nueva y no sé si darán la cara por mi si pasa algo. Antes sabías que si había movida, íbamos a dar la cara todos» (Frente Atlético, 23 años). Hoy, la pseudopolítica domina sobre el grupo e, incluso, sobre el equipo. En una carta enviada a una revista, un ultra afirma la supremacía de «la ideología política sobre el sentimiento deportivo.

Entiendo perfectamente que una persona defienda más su vertiente política que su equipo de fútbol [...] porque España es algo más grande y más importante que un equipo de fútbol. [...] justifico que ultras de Ultras Sur y Frente Atlético se unan para defender su ideología política fuera de los estadios de fútbol. Creo que hablo por boca de muchos hinchas españoles cuando digo que la política es más importante que el fútbol» (*Super Hincha*, 33, 1996:9).

La irrupción de la pseudopolítica ha transformado la fisonomía del fondo. Hoy, los fondos aparecen llenos de ultras, pero carecen de aquel espíritu que llevó a los jóvenes de los Ochenta a las gradas. El grupo pierde peso en favor del club: apenas la mitad de los encuestados que acuden al Fondo Sur se considera ultra, mientras que el resto se considera simplemente hincha del Atlético de Madrid. Si el Frente Atlético desapareciera, sólo un 5% dejaría de acudir al campo. Estos son los de mayor edad (27-30 años), mientras que los más jóvenes, de reciente incorporación al grupo, muchas veces sin cultura previa “de estadio”, suelen atribuir escaso valor a los lazos e identidades del grupo, y se detienen en otros aspectos para formalizar su ingreso en el mismo. Para los nuevos ultras, el grupo consiente la participación coral en el espectáculo, y permite satisfacer el deseo de agregación y protagonismo de los jóvenes. El recambio generacional y la llegada a las gradas de nuevas levadas ultras con un espíritu distinto al que siempre animó a los grupos ultras tradicionales, ha transformado los fondos de los estadios. Según algunos ultras, el movimiento ultra ha llegado a un punto crucial, en el que el “ultra”, con su carga de radicalidad, pero también de unión y camaradería, está a punto de ser suplantado por el “hincha”, el aficionado de antaño. Las formas de la violencia ultra han cambiado, se han dulcificado, y han dado paso a un sucedáneo de la violencia que tiene que ver con episodios de microdelincuencia dentro y fuera del campo. En el estadio, los ultras hacen avalanchas, se suben a la valla, o queman el material del “tifo”. En los desplazamientos, los ultras gamberrean en los autocares o saquean los bares situados en la carretera.

Por lo tanto, la posibilidad del comportamiento

desordenado, y la atracción por el riesgo y la conducta imprevisible, siguen estando en la base de las actividades de los ultras. Pero estos actos son la manifestación visible del recambio generacional. El espíritu que hoy se palpa en los fondos es distinto al que siempre animó a los grupos ultras tradicionales. La experiencia como ultra, con su consolidado bagaje de reglas, valores y comportamientos, parece estar a punto de terminar para ser suplantada por un nuevo modo de ser ultra que el ultra “viejo” o ultra “de concepto” no llega a apreciar, pero que amenaza transformar lo que los más veteranos han sabido construir hasta ahora. Este cambio tiene su causa principal en la aparición en las gradas de una nueva generación de ultras, atraídos por la seguridad que ofrece el despliegue policial y la “futbolmanía”, de los cuales les separa un modo distinto de considerar la vida ultra. Inicialmente, a decir verdad, la aparición de estas nuevas levadas ultras fue vista favorablemente por parte de los ultras, que vieron crecer el grupo en número, al tiempo que parecían remitir las dificultades económicas y de organización. Pero, con el tiempo, los ultras se han dado cuenta de que no sirve de nada ganar desde el punto de vista burocrático si se pierde el espíritu, la forma de ser ultra y de entender la vida en el grupo. Antes, en un pasado aún reciente, todo era espontáneo y auténtico; hoy, por el contrario, el movimiento ultra, que tanto costó levantar y consolidar, frente a la incompreensión de los clubes y la persecución de la Prensa y las autoridades, se encamina a la deriva. Según un ex-ultra, «para mí, el movimiento ultra, desde 1990, es un absurdo viaje hacia ninguna parte» (*Super Hincha*, 45, 1997:37).

Los ultras veteranos, aquellos con una experiencia en el Fondo Sur anterior a 1990, ven en las nuevas levadas ultras un fenómeno que rompe el equilibrio logrado durante años. Unas veces, son las modalidades de acceso al grupo las que sufren una transformación, puesto que basta con poseer un carnet para sentirse “uno del Frente”. En otras ocasiones, los cambios se producen en la estructura interna del grupo, la falta de respeto hacia los veteranos, el desconocimiento de que una cierta jerarquía domina la vida del grupo, que es preciso recorrer un camino ya determinado por unas reglas no escritas para ocupar un lugar social

en el Fondo. Pero, sobre todo, la diferencia palpable entre ayer y hoy es la distancia anímica entre los veteranos y los recién llegados. Estos ultras son definidos por los ultras de antaño con el despectivo nombre de “ultras de palo”, “pajilleros” o “comepipas”; en Italia, donde se detecta una situación similar, son denominados “ultras por tres horas” (Roversi, 1992).

«Ahora, parece que hay muchos ultras, pero la gente va al fútbol a ver el partido. Más que a estar en el Fondo, van a estar con los amigos y a hablar con los amigos. A ver a los amigos y a hablar con ellos, y ya está. [Los nuevos ultras] son una moda. Van allí a comer pipas [y a hablar] de la sudadera que me he comprado esta semana, que si me he comprado estas zapatillas, ... Pero su apariencia es la de ultras.

Claro, van vestidos de malos y luego no son malos. Antes era mejor. Porque de los quinientos ultras que éramos entonces, a lo mejor dábamos la cara cien; y ahora, de los seis mil, sólo damos la cara cuarenta».
(Frente Atlético, 23 años)

La “política en los grupos” y la pérdida del espíritu que animó a los primeros ultras obliga a los ultras a reflexionar sobre el futuro del movimiento. Unos decretan la muerte del mismo, argumentando que «la antigua ansiedad de violencia se ha permutado en la presencia de un ideal político. Hace seis años cuando fui atrapado por la corriente, el alimento era tener una buena animación de grupo, intentar quemar el mayor número de bengalas y botes de humo, y salvaguardar el honor del grupo peleándonos incluso con nuestros mejores amigos, convirtiéndose los derbys o los enfrentamientos con nuestros enemigos en auténticas estrategias y batallas militares (quedando el partido casi desapercibido). La violencia era la madre del movimiento y, aunque la política estaba presente, no dejaba de ser mero acompañamiento. [Hoy] la ley fundamental del ultra moderno [es] la bandera política. Nuestros mayores amigos, grandes camaradas, serán nuestros enemigos, pues llevan la bandera contraria a la nuestra. A nuestros mayores

enemigos ya no les tenemos recelo [Hay] en cada ciudad dos grupos, unos nacionales, otros nacionalistas, y al viejo de tribuna se le oye más los gritos que a los dos grupos de “animación radical”» (*Super Hincha*, 43, 1997:11). Para otros, sin embargo, todavía queda algo por hacer. Es cierto que es difícil “enseñar” algo a los nuevos ultras cuando el número de socios de un grupo se cuentan por miles y se ha perdido el contacto directo en la grada. Es difícil también que los recién llegados se den cuenta de que participan en un movimiento que va más allá de su grupo, porque viejos hábitos como la correspondencia entre ultras se han perdido (sólo el 28% de los frentistas encuestados tiene contacto con ultras de otros equipos). Pero el *fanzine* del grupo puede suplir esta función, porque quince años después de la fundación del Frente Atlético se antoja necesario recuperar el viejo espíritu que animó la grada del Fondo Sur.

«Un día como hoy, pero hace casi quince años, nacieron los primeros ultras de España en la grada donde estás ahora mismo. [...] Algunos de ellos todavía pueblan estas gradas y se les puede reconocer entre otras cosas porque todos todavía llevan una bufanda atada al cuello. No todos se metían en [...] follones, pero si había alguna ofensa se metían todos. La moraleja no está en los hechos sino en el espíritu. Parece que este espíritu se está perdiendo, [...] lo importante es el espíritu, la intensidad del cántico que sale de dentro, esa pasión que, gracias a Dios, algunos todavía poseemos» (*Super Atleti*, 11, 16, 1997).

Conclusiones

Los ultras españoles constituyen una cultura juvenil, que nace y se desarrolla al amparo de las transformaciones que han acontecido en la sociedad española y en el contexto futbolístico europeo en las últimas décadas. El movimiento ultra español no surge por “generación espontánea” o por simple vía imitativa de su homónimo italiano ni de los grupos de jóvenes seguidores británicos con los que comparte ciertos rasgos. El fenómeno ultra comienza su

andadura en la década de los Ochenta, en un momento en el que coincide un cierto declive del compromiso político de la juventud con la celebración del Mundial de Fútbol en España (1982). Hacia finales de la década, la irrupción del movimiento *skinhead* en los fondos de los estadios propicia el crecimiento y organización de los grupos ultras, así como el inicio de una cierta “homogeneización” ideológica que conduce al estado actual de los fondos.

La actual fisonomía del fondo es fruto del tratamiento interesado, variable y, aparentemente, no sujeto a estrategia alguna, que el movimiento ultra ha sufrido por parte del legislador y de los medios de comunicación. Los estadios presentan en sus fondos agrupaciones numerosas de recién llegados sin cultura ultra (“ultras de palo”), desconocedores de la historia del grupo y de las reglas ultras, que redefinen continua y arbitrariamente. El grupo pierde peso en favor del club y, en no pocas ocasiones, en favor de la pseudopolítica, esa indefinida expresión alejada de la consciente militancia en algún partido o de una adopción de postura ideológica, sino al sostenimiento, en un mismo grupo, de dos posiciones políticas extremas y mutuamente excluyentes (“rojos” o “fachas”, separatismo o nacionalismo). La “política” así entendida fractura internamente a los grupos y resta fuerza al movimiento. Hace pocos años, el grupo tenía como principal objetivo crear un foco de animación en el estadio, haciendo uso de elementos coreográficos y corales, pero la agresividad forma parte también del modo de ser del grupo como un producto directo de sus actividades. La política, aunque presente, ocupaba un segundo plano. Hoy, el grupo ultra y sus anexos simbólicos han sufrido una profunda transformación. Los ultras han permutado la antigua ansiedad de violencia por un ideal político, que ha conducido a algunos episodios de violencia grave. Divididos los grandes grupos ultras en grupúsculos sin la misma capacidad de convocatoria, la cultura ultra se muestra vacía, acabada, sin capacidad de respuesta y recambio ante los nuevos retos que se le plantean al movimiento, para el que algunos de sus integrantes han pronosticado su “muerte por inanición”.

Bibliografía

- Acosta, R.; Rodríguez, F. 1989. *Los jóvenes ultras en el fútbol sevillano. Una aproximación al fenómeno de la violencia en los estadios*, Sevilla, Ayuntamiento (no publicado).
- Adán, T. 1992. *Pautas y rituales de los grupos ultras del fútbol español. Análisis del caso “Ultras Sur”*, Salamanca, Universidad (no publicado).
- 1998. *Frente Atlético: XV años de fidelidad (1982-1997)*, (no publicado).
- Bromberger, C. 1995. *Le match de football*. París, Maison des Sciences de l'Homme.
- Castro, L. 1986. *Violencia en el deporte de competición (1975-1985)*, Madrid, Instituto de Ciencias de la Educación Física y del Deporte (no publicado).
- Dal Lago, A. 1990. *Descrizione di una battaglia. I rituali del calcio*. Bolonia, Il Mulino.
- Dunning, E. 1992. “Lazos sociales y violencia en el deporte”, en N. Elias, E. Dunning (eds.) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, F.C.E.
- Durán, J. 1996. *El vandalismo en el fútbol en España. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna*, Madrid, Gymnos.
- Harrison, P. 1974. “Soccer’s tribal wars”, *New Society*, 29: 604-605.
- Marchi, V. 1994. *SMV Stile Maschio Violento. I demoni di fine millennio*. Génova, Costa & Nolan.
- Marsh, P.; Rosser, E.; Harré, R. 1978. *The Rules of Disorder*, Londres, Routledge.
- Roversi, A. 1992. *Calcio, tifo e violenza. Il teppismo calcistico in Italia*, Bolonia, Il Mulino.
- Taylor, I. 1971. “Football Mad: a speculative sociology of football hooliganism”. En E. Dunning (ed.) *The sociology of sports*. Londres, Cass.